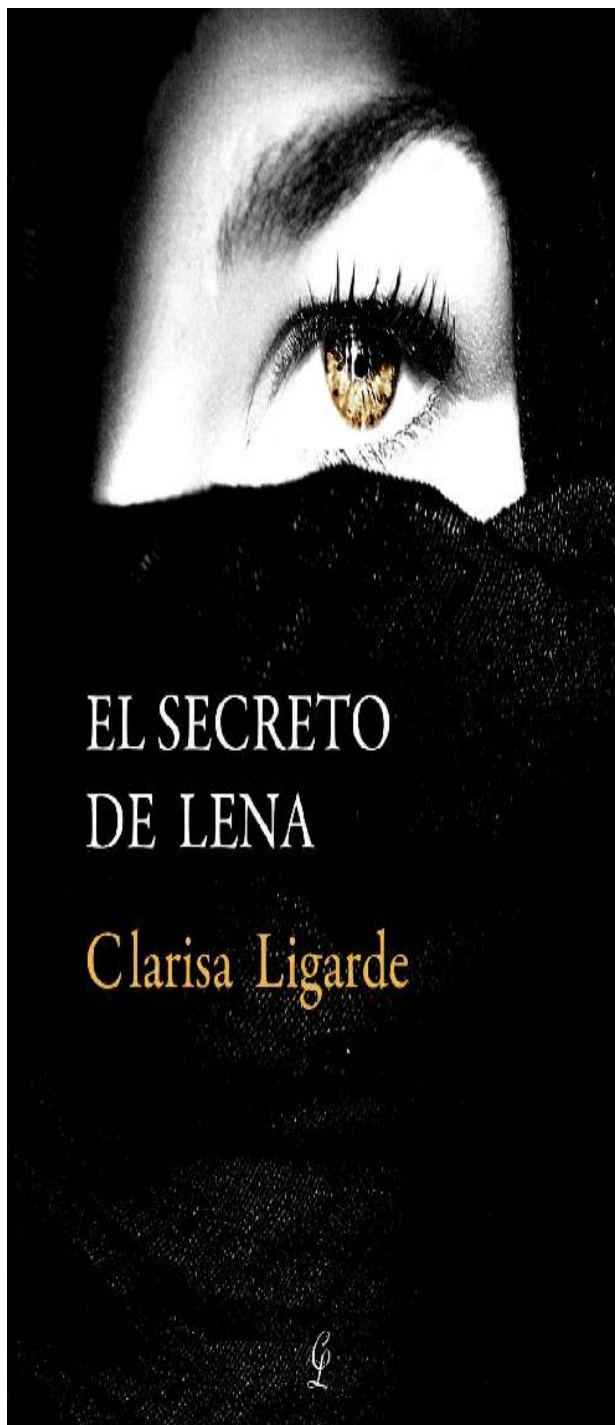




EL SECRETO
DE LENA

Clarisa Ligarde





Índice

[PARTE I: La llamada](#)

[PARTE II: Volver a Derma](#)

[Nota de la autora](#)

Regalo para los lectores

Si todavía no has leído uno de mis libros, aquí tienes *La última noche: Relatos del corazón (Bestseller)*

[DESCARGAR YA>>](#)

Título: *El secreto de Lena*

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y sgtes. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2019

www.clarisaligarde.wordpress.com

©Fotografía de portada de Stockvault

© Diseño de portada, Clarisa Ligarde

ISBN: 978-84-16688-25-8

EL SECRETO DE LENA

escrita por Clarisa Ligarde



La llamada

Permisivos dedos, ocultos tras paredes intercaladas, introducen miel cristalizada en el camino que precede al habla. Esperan sabiamente el momento. Dócil acecho: esquina o frío pasillo, mota en el suelo. Mis papilas gustativas segregan dulzor líquido; pocos minutos después, una recóndita sudoración entre los pezones y bajo el ombligo. Recuerdo de la niñez recurrente y quebradizo... Aún hoy, muchos años después, mi corazón palpita espinoso. No evoco los cuentos de madre al borde de la cama, ni la estufa en invierno acogiendo los pies repletos de sabañones bajo las mantas. Aquel cuadradito caramelizado y amarillento envuelto en papel grisáceo... Una y otra vez... Desbrocé su sabor como la maleza es arrancada en lluviosa primavera. Una silueta masculina a la que no alcanzo a ver el rostro es el eterno fantasma de mis sueños; alto y fornido, esquivo, concedor de los ángulos que proyectan las sombras en cuartos pequeños.

Despierto en una habitación de hotel, la luz intermitente a través de la persiana anuncia un día soleado; a la izquierda, aparador de ébano y manecillas en mármol esculpidas. El colchón de doble capa visco elástico, por fortuna, tuvo a bien ser aliado de mi sueño: logré echar una cabezadita después de días de insomnio. *Figuras chinescas*... El edredón floreado engulle mi cuerpo. La nuca busca la caricia de la almohada. Hundo el cuello con ganas. Oigo el agua de la ducha correr frenética, siento una gravedad plomiza en los pulmones de tanto concatenar cigarrillos. Me palpo

aturdida las sienes; las ojeras, amoratadas, queman mordientes.

Andrei, mi último amante. Me mira azuladamente desde la puerta del baño. Ruso, metro ochenta, barbilla partida y mentón pronunciado. Frente taciturna y poblada de arrugas horizontales, ojos hundidos pero expresivos. Poco conozco de su pasado.

—¿Pudiste dormir algo?

—Más de lo que cabría esperar.

La ventana de la habitación ha sido abierta; entra el susurro del sol en forma de viento fresco. Es más de mediodía, inspiro el olor a abeto procedente de un bosque húmedo y sombrío, no muy lejano. Noto la mandíbula inflamada. Bostezo dolorida. *Lengua pastosa y etílica...* Un amargo dulzor abre quemazón de arriba abajo, en mi cuerpo. La sensación merma los recuerdos. A pesar de contar con treinta y cuatro años, sigo siendo niña asustadiza. Me examino bajo las sábanas: estoy desnuda. Aún brillan los jugos del sexo abajo. Tengo la mano derecha vendada. Me sobreviene un dolor punzante en la palma. Sacudo la cabeza hacia atrás fuera de las mantas en una de mis poses altivas, sé que es del agrado de Andrei.

Andrei se acerca cubierto con una larga toalla atada a la cintura. Siempre que puede aprovecha la ocasión para mostrar sus bíceps y torso musculados, forman un curioso retablo de tatuajes de estilo gótico: en el centro del pecho, una puesta de sol con aves sobrevolando el horizonte bajo una estrella de tres puntas; más a la izquierda, un par de calaveras y varias insignias militares, coronadas por un monasterio ortodoxo de tres cúpulas con su correspondiente Virgen y; en el regazo, el Niño benefactor.

Suelo encontrar placer en hidratar los dibujos con aceite de aloe vera después de que Andrei tome una ducha; pero hoy no, hoy no tengo ganas de nada. Andrei me besa en el

cuello, allí donde la nuez creció en vacío por eso de ser mujer.

Sigue siendo apasionado amante. Le conocí a la salida de una discoteca en pleno diciembre, hace tres años. Me miró el trasero con insistencia y exhaló profundamente humo de un cigarro. No hizo falta más, últimamente yo había caído en la cama de chicos mucho más jóvenes. Me acerqué a él, vi que era más mayor y le invité a una copa. Pensé <<No me pedirá mucho>>. Y así fue: amante suficientemente fogoso y comedidamente insano, solo adolece del vicio del tabaco y algún que otro trago de whiskey sin hielo, en vaso pequeño. Durante uno de nuestros primeros encuentros, aún sofocado por el clímax sensual, me confesó que había sido adicto a la heroína. "Mala vida", pronunció con su acento afilado. Yo ya había intuido esa herida al chocar su cuerpo contra el mío. Nada era suficiente.

En el vacío desgastamos un deseo inhumano, un ansia que nos dominaba de una u otra forma. Entonces, entendí que seguiría junto a él por mucho tiempo. Para mi sorpresa me ha dado buena vida: generoso y adinerado, me colma de regalos, jefe de una empresa de seguridad en Madrid. Vivo ajena a sus chanchullos por callejuelas.

Andrei me coge de la barbilla y hace un gurrño de mis labios. Los besa.

—Levántate, anda, son más de las tres. —Me suelta haciendo que mi rostro se precipite sobre la almohada—. Luego lo pasas mal con los reproches. —Tira de las sábanas hasta hacer de mi piel un buzo granulado.

La sangre vuelve a eruirse cabeza abajo, mis pies fríos entran en contacto con el suelo de madera climatizado. Me duele la vejiga. *Vidrio dilatado...* Anoche bebí como si fuera el último día de mi vida. Me precipito al baño. La baza de porcelana rosácea se convierte en un pozo entre mis muslos. Derramo un orín denso, casi cristalizado... Entorno lo

ojos, la luz que ilumina el espejo sobre el lavabo me deslumbra. El cristal empañado muestra un rostro lejano, no me pertenecen el mofletado oval ni la rubia melena que enmarca las espesas cejas color castaño. Pestañeo para aumentar la nitidez en las pupilas y el aguamar que las rodea. Alzo la barbilla, orgullosa de mis carnales labios. Pero pronto tuerzo el gesto: en el maxilar izquierdo late punzante un rojizo moratón. Golpe a través de los recuerdos...

—¿Quieres un té? —pregunta Andrei desde la otra punta del dormitorio.

—Sí —musito.

Tras de mí intuyo la sombra del pequeño galán de pino oscurecido. Hace tres días sobre él preparé la chaqueta y el pantalón de mujer confeccionada a medida, calidad "Cashmere", ciento ochenta, color azabache. Refresco mi nuca bajo el agua que sale del caño. El pecho torna en tosca piedra. Deseo gritar con todas mis fuerzas, sin embargo, ningún quejido sale de mi boca. Con el paso de los años la angustia ha llegado a ser crónica y silenciosa.

Plancho con la mano la solapa de la americana de fina lana negra. Un mes antes, las paredes de mi pequeño apartamento de soltera vibraron quejumbrosamente, el teléfono en el recibidor no dejaba de sonar de manera insistente.

Cien metros cuadrados de techos altos sin apenas muebles hacen que las habitaciones padezcan de eco, cualquier pequeño zumbido es multiplicado por mil entre el suelo y el techo. Recuerdo que me resistí a coger el auricular, todavía embriagada por la pesadez de la siesta. Arrebujé mi cuerpo bajo los cojines del sofá color melocotón, miré hacia la ventana. Era atardecer. Desde donde estaba podía ver la esquina de la pequeña piscina comunitaria a la que soy aficionada a zambullirme durante los sofocantes veranos asfálticos. <<Aún queda mucho>>, pensé. Entonces, el invierno se prolongaba sobre los días de primavera amena-

zando con ser perpetuo, y yo perdía toda esperanza de disfrutar de los rayos del sol en la tumbona antes de que la urbanización fuera invadida por los turistas.

Hojas secas en el fondo del estanque, moscas por la helada nocturna muertas...

Malhumorada arrastré mi cuerpo hasta el estrecho mueble de la entrada, repleto de sobres sin abrir. Descolgué el teléfono.

—¿Lena?...—La voz sonaba rota y lejana—. ¿Estás ahí? —insistió.

Sentí un vuelco en el estómago, de inmediato me di cuenta de quién decía aquellas palabras. Hacía diecinueve años que no escuchaba aquella voz. Tenía algo de “grijo”. A mi padre siempre le caracterizó, era fumador de puros empedernido.

—Sé que me escuchas... ¿Por qué no contestas?

Me deslicé cual lagartija por la pared hasta mal sentarme en el suelo. Dejé caer el teléfono al suelo. No sé cuánto tiempo estuve así, un minuto... quizá dos. La pulsión de mis latidos sabía a sangre en mi lengua.

Siempre he presumido de poseer el sentido auditivo de un gato, en ese momento me lamenté de ello. El silencio en el piso era ensordecedor.

Mis tímpanos percibieron de manera precisa el sonido hueco y chillón de las dos últimas frases, salían a poco menos de un metro de mí del auricular: “Ven a verme... .. Me... me muero”.

Retomé el teléfono:

—¿Papá?... .., ¿sigues ahí?

Lena soy yo, el ojito derecho de mi padre.

Recuerdo los días siendo yo muy niña, con solo mirarnos nos entendíamos. Me cogía de la mano y paseábamos durante horas por el bosque que se extendía cerca de casa; recogíamos moras salvajes bien entrada la primavera y se-

tas durante las primeras lluvias otoñales. Con él aprendí la raza de las avefrías, las codornices y avutardas; descubrí un ciervo junto a sus crías. Le atosigaba con preguntas sobre cada planta, cueva o especie animal que encontrábamos en el camino. Él era quien, cuando no podía dormir, me acercaba un tazón de leche bien caliente a la cama y me preguntaba: "Hija, rara te noto... ¿Por qué no duermes bien desde hace días?, ¿cuáles son tus fantasmas siendo tan niña?". Fue el único que intuyó mi secreto pesar, y yo le respondí a ello con lealtad. Por eso no le desprecié cuando fue víctima del alcoholismo años más tarde. Muchas veces me decía llorando, babeante: "¡No merezco tu cariño! El diablo del vino se ha hecho de mi sangre. ¿Qué puedo hacer?". Ganadero de manos toscas y piel curtida, siempre fue hombre de buen parecer; pero enseguida su rostro se inflamó y enrojeció. Enfermo étílico... Perdió los caninos y el buen humor. Apenas paraba por casa, repartía su tiempo entre los pastos, la tasca del pueblo y los burdeles; cuando regresaba, las madrugadas se alargaban entre gritos de reproche y palizas a mi madre en la alcoba. A los hijos jamás nos puso la mano encima. Mi madre... mi madre nunca me perdonó que conservara afecto hacia él, pero yo era demasiado niña para tomar partido, egoístamente quería conservarle como padre; su cariño era el baluarte que atesoraba mis felices momentos por las praderías. Muchas noches, cuando despertaba empapada en sudor de mis pesadillas con aquel sabor a miel en mis labios, me tranquilizaba evocar la mano de él guiándome por los senderos misteriosos y empedrados, rodeados de niebla. Nada había de temer, él me guarecía.

Escuché cómo la línea de teléfono comunicaba durante media hora, mantuve la mirada perdida, quería vaciar mi alma, llegar a la nada, hasta que de un impulso nervioso

arranqué el cable de la toma de electricidad. Cada vértebra de mi cuerpo empezó a pesar como el acero, a duras penas pude arrastrarme hasta el sofá. La voz de mi padre -“El Suso” para los amigos- tantas veces añorada y de la que, voluntariamente, me había alejado cuando tenía quince años, había despertado el escalofrío recóndito. Aún hoy, días después, me persigue esa sensación. No moví ni un músculo cuando Andrei llamó más de una decena de veces al móvil al ver que no acudía a la cita de la diez en el pub Booth, tampoco cuando echó la puerta de entrada abajo creyendo -como me explicó después- que, por algunos de sus asuntos, yo había sido víctima de un ajuste de cuentas.

Al verme pálida, ojeriza y hundida entre cojines nada dijo, me cogió en brazos y me llevó al baño. El agua templada y las sales aromáticas me ayudaron a ser consciente, otra vez, de mi carne y de mi piel. Pestañeé, cuando tuve la intención de hablar, Andrei me mandó callar; camino de la cama me desnudó y me hizo el amor. Se lo agradezco, esa noche las palabras hubieran abierto una brecha entre los dos; si hubiera llegado a mostrarle mis verdaderas inquietudes, él, difícilmente, hubiera podido cubrir las expectativas.

Los movimientos y pensamientos que he llevado a cabo después de esa llamada; mis actitudes, afectos y decisiones, han sido simulados.

Llevo días siendo consciente de todo e inconsciente de nada, sucumbí a la voz de la conciencia, respondí a lo que se esperaba de mí.

El avión desde la capital al pequeño aeropuerto comarcal tarda apenas una hora; de ahí, conduzco acompañada por Andrei un coche alquilado hasta el Hospital General de Cubilla; casi choco contra un tractor que surge de la nada a la salida de la autopista. Mis sentidos aún están adormeci-

dos por el efecto de la pastilla de Tranquimazin que he tomado en la hora del desayuno. Andrei insiste en conducir, pero yo prefiero sentir, de alguna forma, que todavía tengo el control de aquel viaje.

Sexta planta, habitación 603. Al subir en ascensor en algunos tramos avivo el deseo de quedarme encerrada dentro. Sin embargo, al mismo tiempo ése es el miedo que guardo en mi interior. Pasillo central a la izquierda. Por todos lados huele a comida recalentada. *Arcadas*. Abro la puerta de la habitación. Andrei espera fuera; no le permito conducir ni hablar ni besarme ni proponer un sitio para comer ni intentar calmarme... Nunca ha conocido a esta Lena, sombría y distante. Me mira desconocido, antes de dejarme ir sola, ha buscado mi mano, como si en el tacto pudiera reconocer a aquella que hace semanas era para él.

Solo quiero que esté ahí, eso es lo que necesito.

Mi padre comparte el cuarto con un moribundo. Las cortinas de los boxes están corridas. No se oyen las voces de los familiares, al otro lado. Me digo que debe ser triste morir así. A solas. Mi padre respira muy débil, recostado sobre la cama que da a la pequeña ventana. Mira a un horizonte perdido. Quiero ver ese horizonte, pero sé que es imposible, el brillo de su mirada se ha diluido como un riachuelo en un mar invisible. Su tez es grisácea. Una joven morena de ojos saltones y melena negra está sentada a su lado. Maika. Poco más de veinte años, rolliza. Es la cuidadora contratada por la familia. Antes de la visita me he cerciorado de todo. Mi madre permanece en el pueblo, ninguno de los días durante el ingreso ha subido al hospital. Está frágil de los nervios y el médico le ha recomendado descanso y evitar cualquier disgusto innecesario. Me es difícil imaginarla como una mujer debilitada. Mi hermana Clara es quien cuida de mi padre en el turno de la mañana. Raúl, el

mayor de los tres hermanos, se encuentra en Canadá. Tardará días en poder eludir sus responsabilidades como arquitecto y viajar a Derma.

—¿Ha comido hoy?— pregunto a Maika. Ni si quiera me he presentado. Pero no importa. «Aunque nunca me haya visto, sabe de mí».

—Sí, un poquito de sopa y algo de merluza cocida — contesta algo confusa.

—¿Bebe agua?

—Le han puesto suero aunque me han dicho que le refresque los labios de vez en cuando —explica con dulzura dominicana.

Sustituyo a Maika en la silla, que sale animosa al pasillo.

—Me vendrá bien moverme un poco.

Andrei se encarga de dar las explicaciones oportunas a Maika, un sobre con dinero hace el resto para ocultar mi presencia de esa tarde allí.

Al acercarme a la cama, mi visión suda, mi voluntad se quiebra; apenas identifico alguna facción de mi padre en aquel saco de huesos que yace a escasos centímetros de mí. Una máquina marca débiles latidos. Le miro con miedo, de soslayo. Quizá conserve del brío de juventud la nariz orgullosa y aguileña, las pobladas cejas, el lunar debajo del lacrimal derecho, las grandes orejas, los finos —casi inexistentes— y atractivos labios. Laten como lánguidas protuberancias en el inflamado esqueleto. Dos bombas de oxígeno le aportan sonrojo en los carrillos. Temo acariciarle; aún así, tomo su mano queriendo no despertarle. La morfina hace de él un bello durmiente en espera.

—¿Cuál es tu sueño?—, le pregunto sabiendo que no obtendré respuesta.

De súbito, su tacto anuda mis dedos. Está frío, demasiado frío. Casi duele tocarlo. Llevo la atención a su pecho. Respira sosegado. El afecto agarrotado late bajo la piel a